

TAN LEJOS, TAN CERCA: ALICIA ORTIZ Y LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA DE 1952¹

FAR AWAY SO CLOSE: ALICIA ORTIZ AND THE 1952'S BOLIVIAN REVOLUTION

Ximena Espeche
CONICET
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Quilmes
ximena.espeche@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Alicia Ortiz
Revolución Boliviana
Batallas por la información
Guerra Fría

Amanecer en Bolivia, el libro del viaje a la revolución boliviana de la escritora Alicia Ortiz —en ese momento excomunista—, es un mirador privilegiado para revisar las batallas por la información y la estabilización del sentido de una revolución en el marco de la Guerra Fría Cultural en América Latina.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Alicia Ortiz
Bolivian Revolution
Information battles
Cold War

Amanecer en Bolivia, a travel book written by the ex-communist Alicia Ortiz, provides an interesting perspective to analyze the battles of information about the meaning of a revolution in the context of the Cultural Cold War in Latin America.

Recibido: 01/09/2018
Aceptado: 13/03/2019

¹ Agradezco a los y las editores/as de la revista y referís anónimos/as por sus comentarios.



“Yo no sabía quiénes eran, señora. El agente me ha explicado que es una escritora y que viaja para informarse, con los auspicios del Gobierno. En ese caso, cedemos la cabina”

Alicia Ortiz, *Amanecer en Bolivia*, 1953.

La revolución cubana es sin dudas un momento clave de la historia global y posiblemente el más influyente de la historia latinoamericana del siglo XX. Su potencia es tal, que funcionó como modelo para revoluciones posteriores y a la vez disminuyó la visibilidad de revoluciones previas que obviamente no podían tenerla como referencia. Y, sin embargo, las revoluciones de los años cuarenta y cincuenta en América Latina fueron muy importantes para el continente, y vale la pena considerarlas en sí mismas *antes* de Cuba. Este trabajo se ocupa de una ellas, a partir de un mirador privilegiado: el relato de un viaje de la exmilitante comunista y escritora, la argentina Alicia Ortiz (1909-1984), que viajó a esa revolución y la contó en un libro titulado *Amanecer en Bolivia*.²

Este artículo analiza ese libro y cómo se enmarca en el ámbito rioplatense, que tuvo una importancia especial para la revolución boliviana dado que varios de sus principales líderes estuvieron antes exiliados en Buenos Aires, y en Florida y Durazno (Uruguay). El libro y los trayectos de su autora son un mirador excepcional para seguir de cerca una serie de problemas vinculados a las disputas por informar una revolución y por definir el sentido y alcance de esos sucesos en América Latina, en un contexto particular como el de la Guerra Fría Cultural.³ Me interesa pensar este libro desde una perspectiva que contemple el ámbito cruzado de trayectorias intelectuales y batallas por la información de los sucesos bolivianos en un marco que excede el nacional, pero no lo obvia, y que implica una pregunta de alcance global: ¿cómo se informa una revolución?

La revolución, el viaje y sus espejos

La Revolución Boliviana había iniciado menos de un año antes de la publicación de *Amanecer en Bolivia*, entre el 9 y el 11 de abril de 1952, y sus principales medidas fueron la nacionalización de las minas, la universalización del voto, la reforma agraria y la educación de las masas. En 1951 el Movimiento Nacionalista Revolucionario -un partido político varios de cuyos líderes operaban

² La editorial se llamaba Hemisferio y era parte del amplio espectro de emprendimientos editoriales de la constelación cultural comunista en Argentina. Su fundador fue Gregorio Lerner, y editó a varios autores cercanos al partido (aunque también publicó *El diario de Ana Frank* y las obras completas de Lisandro de la Torre). El comienzo de la editorial puede rastrearse entre 1942/1943 y su final coincide con el golpe de Estado de 1966. La información sobre esta editorial se la debo a Adriana Petra.

³ La correspondencia inédita de Dujovne y Ortiz que cito aquí me ha sido proporcionada por la hija de ambos, Alicia Dujovne.

desde el exilio rioplatense- había ganado las elecciones, pero el presidente en ejercicio, Mamerto Urriolagoitía, declaró que ese resultado era un peligro para la democracia y entregó el gobierno a una junta militar, bajo el mandato del General Hugo Ballivián Rojas (Stefanoni 2010: 39).⁴ El MNR lideró el levantamiento contra la Junta de Gobierno y la “rosca minera feudal”, como se llamaba usualmente al conjunto de las familias titulares de las minas de estaño -Aramayo, Hotschild y Patiño-, que tenían un gran poder de presión político-económica en el país. Las tres familias controlaban parcial o totalmente los principales diarios: *La Razón* era propiedad de la familia Aramayo, Hochschild controlaba *Última Hora* y Patiño era dueño de gran parte de las acciones de *El Diario*. Complementaban, al decir de Dunkerley, el poder de la prensa con el de “la influencia de sus hombres en el gobierno, las reservas de sus bancos y su estrecho contacto con naciones consumidoras claves” (2003: 34).

Desde el MNR y quienes lo apoyaban, la revolución era presentada como la legítima devolución al pueblo de la soberanía por la que había elegido como presidente a Víctor Paz Estenssoro, que no era un militar sino economista dedicado a las finanzas públicas. La prensa internacional que en general escribía sus crónicas a partir de los cables de las agencias internacionales de noticias como United Press o Associated Press, como por ejemplo hacía la prensa rioplatense, la acusaba de ser una revolución impulsada por el comunismo, o por el contrario asumía que era necesario esperar al desenvolvimiento de los sucesos; el diario *La Razón* (1952) de La Paz, sí había acusado de comunistas a los líderes del MNR un mes antes del levantamiento de abril.

Algunos periódicos de la prensa montevideana insistían en las comparaciones entre Paz Estenssoro y el presidente argentino, el Tte. Coronel Juan Domingo Perón. Acusaban a la revolución de ser una a dedo de este último, aun cuando el presidente argentino hubiera apoyado a otro candidato para las elecciones (el diplomático boliviano Gabriel Gosálvez). Y en los primeros días de la revolución, los órganos de prensa de izquierda en Buenos Aires y Montevideo se disputaban la estabilización de los sucesos bolivianos considerándolos al mismo tiempo reflejo de un proceso antiimperialista en ciernes en el continente y una amenaza totalitaria para la región. Esa amenaza traducía totalitarismo como apelativo al poder soviético o al derrotado nazi-fascismo.⁵ En el caso del comunismo argentino, los diagnósticos acerca de la revolución convivieron con pujas internas relativas a cómo posicionarse frente al peronismo —en torno de los procesos de acercamiento-rechazo del “régimen” según las normativas soviéticas de frentes anti-imperialistas (Gurbanov y Rodríguez 2012, Jáuregui 2012, Prado Acosta 2013, Petra 2018).⁶

⁴ Fundado entre 1941 y 1942, el MNR tenía un discurso antioligárquico y antiimperialista y formuló una plataforma nacionalista y reformista. Además de Víctor Paz Estenssoro, entre sus líderes estaban Walter Guevara Arce, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro y Hernán Siles Zuazo. Sus dirigentes se formaron en el marco de la política en los años 30 dominada por el socialismo militar, y fueron parte del gobierno de Gualberto Villarroel entre 1943 y 1946, donde dominaba el nacionalismo antioligárquico resultante de la guerra del Chaco (1932-1935), en la que se enfrentaron Bolivia con Paraguay. La derrota boliviana se vivió como una derrota militar que desprestigió severamente a los partidos tradicionales y a las clases dirigentes (Stefanoni 2010: 80).

⁵ El diario *Justicia* ligado al PC uruguayo; *El Sol* ligado al Socialismo; *Acción*, *El Día* y *La Mañana* (ligados a diferentes fracciones del partido Colorado), *El País* y *El Debate* (de fracciones diferentes al partido Nacional). Véase en la bibliografía algunos de estos ejemplos.

⁶ Véase, aun las diferencias notorias en las perspectivas trotskista y comunista, el diario *Nuestra Palabra* (1952), la revista *Nueva era* (marzo-abril, 1952) y *Panorama del Mundo* (1952), la revista el periódico *Revolución permanente* (1953, 1954) y el periódico *Propósitos* (1952). El primero y la segunda fueron publicaciones oficiales del PC argentino, la tercera,

En los principales diarios argentinos, como *La Nación* y *La Prensa*, los sucesos bolivianos aparecen también condicionados bajo las lógicas de la política doméstica, y de las tradiciones partidarias e ideológicas de cada uno de ellos. *La Prensa*, que en ese momento estaba intervenida por la CGT por decisión del gobierno peronista, veía a la revolución boliviana como una esperanza anti-imperialista y que propiciaba el respeto de los derechos de los trabajadores del país. Por su parte, *La Nación* –reputado como opositor al gobierno y que parecía eludir el control de medios informativos al que se acusaba al peronismo en el poder (Panella 2012, Varela 2006-2007, Korn 2017)–, los cables de AP eran transcritos como sueltos relativos a las noticias de Bolivia, sin una calificación de los hechos excepto la caracterización de que el enfrentamiento entre las fuerzas revolucionarias y del gobierno había sido “sangriento”.⁷

En cualquier caso, las discusiones acerca de qué tipo de revolución era la de Bolivia estaban tramadas con las disputas de la Guerra Fría, que tuvo en las ideas un campo de batalla central (Iber 2015). América Latina fue más que un escenario de disputas, y la comprensión de ese enfrentamiento debería incluir la capacidad de agencia de los y las latinoamericanos/as, y no sólo la indudable presión y capacidad de persuasión y coerción de instituciones vinculadas a los súper-poderes posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Es por ello que las informaciones acerca de un acontecimiento revolucionario como el boliviano merecen ser inscritas dentro de esas tramas, que no pueden obviar las tensiones concretas entre el ámbito doméstico, regional e internacional.⁸

Hacia la revolución

El viaje a la revolución habría sido propuesto por Carlos Dujovne, el marido de Alicia Ortiz, quien lo financió. Lo mismo había ocurrido con el viaje que Ortiz y su hija hicieron por Europa, sobre el que la primera escribió dos libros: *Una visita a Europa* y *Por las calles de Italia*. Además, Ortiz ya había publicado varios ensayos, en general en editoriales vinculadas al PC, como Nova, Futuro y Hemisferio. Huérfana de padre desde pequeña y con intereses y hábitos de la clase letrada porteña (Ortiz por parte de padre y Orderigo por parte de madre), se vinculó al comunismo donde conoció a Carlos Dujovne en el marco de las actividades organizadas por el partido, del cual aquel había sido uno de los miembros fundadores. Dujovne además fue un miembro de la Internacional Comunista (Ulianova 2008; Petra 2017).⁹ Ortiz y Dujovne dejaron el PC en 1947, supuestamente por diferencias con la línea que, en manos del Secretario General Victorio Codovilla, impulsaba una oposición furibunda al peronismo en el poder (Petra 2018: 139-204).

Había estudiado Letras en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), alejándose del circuito supuestamente recomendado para las mujeres.

vinculada al PC pero no oficial, la cuarta una publicación de una fracción del trotskismo, el Partido Obrero Morenista y la última, una publicación “compañera de ruta” del comunismo cuyo director era el escritor Leónidas Barletta. Véase, por ejemplo, “El Pueblo Decidió en Heroica Lucha La Suerte del Levantamiento de Bolivia” (1952: 2) y Anaya (1952). Véase también Hernández (2019).

⁷ Véase, en la bibliografía, *La Prensa* (1952) y *La Nación* (1952a y b) respectivamente.

⁸ Sobre las discusiones en torno de la capacidad o no de agencia en torno de las operaciones encubiertas, véase: Saunders (2003) e Iber (2015), entre otros/as.

⁹ Se supone que el libro *Infancia entre dos esquinas* es una suerte de biografía ficcionalizada de Ortiz. Véase, Dujovne 2010.

También publicó en la revista de dicha institución, *Cursos y conferencias* (en 1936 y 1939), y en *Argentina de Hoy* (1951-1955), esta última apoyada por el gobierno peronista. Allí escribió reseñas de traducciones. Ortiz era una autora “más tradicional y menos polémica” que otras plumas en la misma publicación (Herrera 2014: 134). En Bolivia, además, colaboró con un artículo para la revista *Rumbo Sindical* en la que participaba el indigenista Fausto Reinaga, muy cercano a la pareja.¹⁰ Ortiz se autodefinió como feminista (Plante 2011), y de hecho el feminismo que aparece en el libro circula en la pregunta por el tipo de participación de las mujeres en las actividades revolucionarias; es decir, se presenta como el reconocimiento del valor de las mujeres bolivianas y de su incidencia ya sea en la toma del poder como en la organización del Estado (Ortiz 1953: 39).

Supuestamente el libro saldría con una tirada de 5000 ejemplares (Dujovne 1953b). En esas condiciones, el valor parecía estar en el rol de informante de primera mano, un *plus* frente a las informaciones vertidas por la prensa en la forma de los telegramas. El libro permitiría, según se adelantaba en la solapa a modo de publicidad, “captar la atmósfera misma de aquella realidad que se vierte de tan viva manera y extraer conclusiones político sociales para las que de ningún modo basta, desde lejos, la lectura del telegrama aislado con que el diario refleja las cosas confusamente por exceso de parquedad”.

La editorial presentó al libro en competencia contra la supuesta “parquedad” del diario, la “confusión” que mezclaba en las páginas de la prensa aquello que precisaba de otro instrumento para captar “la atmósfera misma” de la realidad boliviana. *Amanecer en Bolivia* está tramado en torno de un recorrido por el que nos informamos acerca de la organización de un Estado revolucionario y del partido en el gobierno; en el que criticaba la poca representación de los indígenas y el problema de que el MNR no alentase y protegiera el apoyo del comunismo hacia sus fracciones de izquierda; el modo en que la “rosca” funcionó como “infiltrada” y vinculada a fuerzas externas que hacían peligrar a la revolución; las relaciones internacionales y regionales, en particular con Argentina y con el peronismo, donde Ortiz insistió en la presencia de Perón y Eva como imágenes que eran mucho más que almanaques en una pared de una casa popular: estaban presentes en la ayuda del gobierno argentino en el envío de alimentos; las reflexiones que realizó en torno de la importancia y realidad de la unión de América Latina (Ortiz 1953: 40, 57 y 106-7; 80, 197, 162 y 175; respectivamente). En todos los casos, el hilo del relato estaba sostenido por la explicación de qué tipo de revolución era la boliviana, y uno de los núcleos era la comprensión de la participación indígena y del tipo de sistema que la revolución venía a promulgar.

Las fronteras de la revolución

Alicia Ortiz y su hija, Alicia Dujovne, llegaron a La Paz a fines de 1952. La fecha de finalización del viaje no está en el libro excepto como fin del relato: “junio de 1953”, aunque es más que plausible que la duración total fue desde diciembre de 1952 a marzo de 1953. El libro está dividido en una serie de capítulos con subtítulos, cada uno de extensión breve, que siguen en parte el orden

¹⁰ Reinaga fue un intelectual indigenista, apoyó la revolución, pero fue distanciándose por diferencias en torno de la reflexión y praxis sobre “lo indio”. Según Reinaga, él habría contactado a Dujovne con el Vicepresidente boliviano, Hernán Siles Suazo y habría desencadenado el posterior ofrecimiento para que Dujovne funcionara como asesor del gobierno, cargo que ocupó en diferentes dependencias entre 1954 y 1956. Dirigió *Rumbo Sindical* y participó de la revista *Abril* (Cruz 2013: 108-09).

cronológico del viaje -excepto cuando menciona otros anteriores o adelanta su visita a otras localidades bolivianas-, de recorridos hacia Copacabana, Oruro, Cochabamba, Potosí y Sucre, y determinadas visitas a establecimientos mineros e industriales, como la mina Siglo XX o el ingenio Catavi. También incluye el relato de trayectos, encuentros acordados y otros azarosos en la Bolivia de la revolución. Hay nombres de funcionarios/as quienes habilitan ingresos a dependencias públicas, entrevistas con ministros, secretarios/as, colaboradores, etc. que consiguen vías de transporte para los trayectos que harán durante su estadía -vía cartas de recomendación que lleva desde Buenos Aires o que se escriben en Bolivia-. Hay nombres que implican encuentros concretos, como las breves entrevistas que tiene con el Ministro de Asuntos Campesinos Ñuflo Chavez, el Ministro de Minas y Petróleo, Juan Lechín Oquendo, el escritor Augusto Céspedes, la madre del Vicepresidente Herán Siles Suazo, Isabel Siles Suazo, la Subdirectora del Patronato de Menores -dependiente del Ministerio de Trabajo- Peña Córdoba, etc.

Es un libro de viajes cuya protagonista tiene acceso de primera mano a quienes ejercen el poder en el gobierno de un país, y ese acceso es necesario anudarlo a la vinculación que existe con un “amigo boliviano” que incentiva esos encuentros -al que aún no pude identificar-, pero también a la militancia en un partido como el Comunista y especialmente el rango que había tenido Dujovne en él. Pero la clave está en lo que, explícitamente, aparece en una anécdota relatada con todo detalle, que Ortiz y su hija viajaban “con los auspicios del gobierno” (1953: 120), antes incluso del trabajo de Dujovne como asesor. Invitada o no por el gobierno, quienes le aseguraban las conexiones para abrirle puertas de distintas oficinas oficiales eran sí miembros del MNR.

2677 kilómetros separaban Buenos Aires de La Paz, distancia recorrida en un tren que atravesó Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy en Argentina. El ingreso a Bolivia fue por Villazón, y el contraste entre ambos países, afirmó la autora, le permitió asumir las ambigüedades de la frontera: además de la pobreza existente en las provincias argentinas, en la “homogeneidad de una misma miseria” que continuaba presente una vez atravesado el límite político, también se encontraba la diferencia racial y étnica que le hizo preguntarse, al ver unas mujeres del altiplano argentino, qué es lo que tenían en común con ella. Como todo libro de viajes, la apuesta de quien llega era hacer comprensible para sí y para sus lectores/as el espacio y el tiempo en el que desembarcó (Pratt 1995; Colombi 2006).

La distancia fue nombrada como una “transición hacia otra realidad social”. Así la pobreza de ese país se presentaba a sus ojos con otro *acento*: “menos pudoroso y más patético”. ¿Dónde residía ese diferencial? Éste varía: por un lado, entre la homologación de pobreza con condición racial y étnica; y luego, es historizado en los siglos de explotación de las poblaciones originarias. A pesar de que el libro puso en primer plano la narración de una historia de la explotación, algunos adjetivos y anécdotas fueron deudores de remanentes del evolucionismo decimonónico, en particular del peso que había tenido el libro del boliviano Alcides Arguedas en 1909, *Pueblo enfermo* (Zulawski 2010: 208). También es notorio que, a pesar de que Ortiz consideró necesaria la participación de “los indios”, esa participación en ningún caso recordó las acciones de resistencia de esos mismos indios contra su opresión. Ortiz así repitió, paradójicamente, el borramiento de la resistencia indígena encabalgado al borramiento de la diferencia étnica vía la legitimidad del mestizaje como único modo de modernización y progreso de Bolivia realizado por el MNR (Rivera Cusicanqui 2010).

El libro comienza con la narración de una injusticia, que es al mismo tiempo la constatación de esa diferencia que le hicieran notar antes de comenzar el viaje: “Se va a poner en

contacto con un panorama social muy distinto. El indio no es el criollo del interior al que Uds. están habituados. Es un hombre disminuido por la opresión de siglos y su miseria la sobrecogerá” (Ortiz 1953: 8). Panorama al que sólo podría accederse a través del contacto directo. Ortiz y su hija llegaron a Bolivia y un *Q`piri* –cargador, en quechua– se ofreció a llevar el equipaje. El pago por el servicio fue, averiguó después, una miseria. Lo que le llevó a reflexionar sobre las intenciones de la revolución: “dar al indio oprimido su jerarquía social y humana” (1953: 9). La autora repitió en este caso, y en otros más a lo largo del libro, algunas afirmaciones sobre cierta ontología del “indio”, vinculada a su “silencio”, su incapacidad de resistencia, y cómo ello se convertía en su venganza, también un esquema de análisis remanido en las observaciones sobre las poblaciones originarias. En esta escena, Ortiz asumió la responsabilidad de sus acciones y acató la venganza: “ese quejido que venía del fondo de su desamparo racial fue su venganza impremeditada”. Por lo que siguió escuchando el lamento incluso “mucho después de haberse apagado su eco” (9).

Cuando describió la participación del representante indígena en la VI Convención del MNR, Gabino Apaza, lo retrató como un “indio evolucionado”, al mismo tiempo que criticó al partido en el gobierno: “¿No será que el MNR ha descuidado la tarea de organizar a los indígenas en comités campesinos, dándoles personalidad política?”. Esto último se habría visto confirmado cuando, luego de que Ñuflo Chaves asegurase la importancia de que hubiera más intelectuales liderando las comisiones que estaban organizando, porque “los indígenas” no estarían en condiciones de realizar esa actividad; frente a esto, un hombre del público se levantó y respondió que no había personas más indicadas que ellos mismos para hablar (1953: 107).

La narración de este y otros encuentros en el libro se enmarca también dentro de la literatura social, cuya tradición estaba en Argentina vinculada a la izquierda del espectro ideológico. (Saitta 2006, Korn 2017, Petra 2018). El libro como narración de un viaje se perfiló a la vez como el análisis de una situación social determinada, cuya denuncia era parte de la apuesta estética de su autora. En este caso en particular, esa denuncia estaba en consonancia con lo que supuestamente habría venido a hacer el partido en el gobierno: darle un lugar al “indio”, incluso a pesar de los errores detectados en la misma convención partidaria. Al mismo tiempo, Ortiz no hizo referencia a los núcleos de resistencia indígena preexistentes a la revolución de 1952 –como por ejemplo la serie de levantamientos de 1947–, con lo que paradójicamente la importancia de la acción del MNR borroneaba la presión *desde abajo* de la que los indígenas habían sido protagonistas.

Quien también había viajado a Bolivia entre 1952 y 1953 fue Ernesto Guevara, cuando aún no era conocido internacionalmente como el Che. Tal como escribió Ana Zulawski (2010), Guevara luego de su experiencia en Bolivia desconfiaba de los alcances del MNR como un partido que liderase en verdad una transformación definitiva en el país. Como bien argumenta Zulawski, Ortiz “no estaba por encima de la repetición de estereotipos sobre los “Indios” o de su romantización” (2010: 201), tampoco lo estaba Guevara;¹¹ pero, a diferencia de este último, Ortiz sí era capaz de ver que los recelos y deseos de la población rural en Bolivia no eran solamente una reacción automática y sin razones ni presión hacia el gobierno del MNR, ni se trataba de campesinos que, pasivos, esperaban la iluminación del presidente (2010: 200). Era capaz de ver en el presente las exigencias de sujetos que participaban de la revolución, y al mismo tiempo, esas

¹¹ “[W]as not above repeating stereotypes about Indians or romanticizing them”, traducción propia. Entre otros viajeros a la Bolivia de la revolución encontramos también a Rodolfo Puiggrós y al uruguayo Carlos Martínez Moreno.

exigencias quedaban demarcadas en el entramado que el MNR auguraba para los indios: su modernización y occidentalización (Rivera Cusicanqui 2010).

Traducir una revolución

Ortiz funcionó como traductora de la revolución. Y traducir aquí es una metáfora y una descripción *literal*. Es metáfora porque en principio no se trata de una obra que busca trasladar de un idioma a otro, sino de dar cuenta de por qué una revolución es posible y es legítima; o, como asegura Rafael Rojas para la Revolución cubana, lo que se “somete a traducción es, desde luego, una cultura, pero también un proyecto político en medio de la tensión ideológica de la Guerra Fría” (Rojas 2016: 16). Y para hacerlo, opera por analogías, por comparaciones, por desplazamientos varios: similitudes y diferencias entre ambos países (Argentina y Bolivia), que incluyen la observación sobre la frontera entre Jujuy y Villazón.

Ortiz citaba casi al finalizar su libro una carta firmada por Reinaga, que le comentó los festejos del primer año de la revolución. Frente a la descripción de los desfiles, donde había fuerzas armadas de mineros, indígenas y obreros, Ortiz preguntaba irónicamente a la “democracia argentina” y a los “retardatarios de todas partes” acerca de la cualidad revolucionaria en Bolivia:

¡Campesinos armados en esta manifestación! ¡Mineros armados en aquella manifestación! ¿Es esto nazifacismo, como piensa la democracia argentina? ¿Es esto comunismo, como piensan los elementos retardatarios de todas partes? Dejémonos de grandes palabras y de grandes clasificaciones. Es simplemente el pueblo de Bolivia con hambre, que sale a la calle, que está dispuesto a luchar, que quiere defenderse defendiendo a la Revolución (1953: 195).

Páginas antes, un diálogo con el dirigente Juan Lechín es ilustrativo de la disputa en torno de los sentidos de palabras que operaban como palabras clave en la discusión político-ideológica de post-guerra. Para Ortiz, lo que el gobierno del MNR entendía por democracia no era comparable con el sentido de la misma para el liberalismo argentino o el estadounidense. A una observación de Ortiz sobre el valor de la democracia, Lechín le respondió que: “La democracia en nuestro país está con la Rosca”, y frente a esta síntesis, Ortiz aseguró que “Hay términos –le contesté– que tienen un sentido más lato que el que frecuentemente le damos. Yo pienso que con democracia hay un malentendido, no sólo aquí sino en la Argentina”. Tradujo para aclarar el malentendido: “no es un partido político, ni un conjunto de partidos políticos, sino un ideal de la humanidad que presupone libertades sociales y derechos humanos”. Lechín contestó con otra traducción, en la que aseguró que “la democracia sabe emplear bellos términos” y, a la vez, “en la práctica, se alía con el imperialismo, a pesar de sus libertades sociales y sus derechos humanos. Antes que eso prefiero un poco de totalitarismo”. Frente a esta última afirmación, Ortiz explicó con presteza nuevamente el sentido de un término como el de totalitarismo: “No di demasiada trascendencia a la palabra y, aunque el término totalitarismo, que él empleó, pueda alarmar a muchos, yo no me escandalizaría”. Para aclarar la confusión, compuso una escena: Lechín creyó estar frente a una “señora con mucho tiempo libre y unas cuántas ideas insípidas y desmayadas, tejidas sobre la trama remanida del viejo ‘Libertad, igualdad y fraternidad’ y habrá exagerado por oposición”. Ortiz aquí fue taxativa, y explicó cómo ni “en la teoría ni en la práctica, hay en la política boliviana, ni en la actuación del M.N.R asomo de totalitarismo, como podría comprobarlo”. En Bolivia, entonces, el MNR estaba pujando por la libertad y la igualdad. En definitiva “en Bolivia, a pesar de la Revolución, hay una

auténtica práctica de las libertades del pensamiento, de palabra, de prensa, de las libertades populares. ¿Cuándo pudo el indio pisar la plaza Murillo antes de la Revolución?” (45-6).

Así, Ortiz explicaba el “malentendido” con la traducción del sentido de “totalitarismo” al que hizo referencia Lechin. Intentó desacoplar la serie de analogías que la harían una revolución anti-democrática y dependiente de ayudas externas a Bolivia, pero también traducirla para que fuese comprensible en términos marxistas (una revolución como transformación completa de la estructura económica, política y social), y disputando aquí muy concretamente el sentido de esta revolución con el trotskismo. Quiero decir que para Ortiz la revolución no podía ser asociada al totalitarismo (en el eje Dictadura-Democracia que fue central en el esquema de interpretación y militancia contra el nazi-totalitarismo en la Segunda Guerra), ni el MNR era un peronismo a la boliviana, ni tampoco desconocía la cuota anticomunista inscrita en las filas del partido en el poder. Por ello la palabra justa era más necesaria que nunca. De este modo, la revolución boliviana funcionaba como una síntesis liderada por el MNR: “Por sobre los partidos políticos y las teorías revolucionarias, al enderezar la espalda del indio tantos siglos encorvada eso es lo que ellos [el MNR] realizan ante todo: un movimiento elementalmente humano” (1953: 198). Este “enderezar la espalda del indio” insiste con el borramiento de la capacidad de acción de esos sujetos que, finalmente, terminaban bajo esta asunción como objetos del accionar estatal cuando, al mismo tiempo, Ortiz los consideraba centrales en el diferencial venturoso de la revolución liderada por el MNR.

En una carta a un referente comunista argentino como lo era Héctor P. Agosti en noviembre de 1952, Ortiz afirmaba respecto del peronismo que si bien a “Algunos demócratas no les interesarían, muy probablemente, las ventajas logradas por la clase obrera, la liberación económica y antiimperialista” sí otros estaban “sinceramente creídos- y la propaganda de todos los partidos políticos de la oposición los afirmaba en su creencia- de que íbamos al fascismo” (cfr. Petra 2018: 163). Desestimando el fascismo peronista, pero tampoco queriendo ser parte de un Sindicato de Escritores propiciado por intelectuales peronistas o simpatizantes con el gobierno argentino, podemos pensar que las traducciones eran tanto respecto del MNR como del peronismo: no se los podría llamar totalitarios, y tampoco podía alinearse sin más con sus propuestas de gestión de la política, la economía y/o la cultura.

Uno de los principales diarios estadounidenses, el *Washington Post*, aseguró que el levantamiento boliviano no era más que la presencia del totalitarismo nacionalista y remanente de los intentos del peronismo por extender sus territorios. La revolución, entonces, según la prensa internacional “juega un papel en las aspiraciones de Perón de formar un block antiestadounidense en la América Latina” (cfr. *El Debate* 1952: 3). El “block” al que hizo referencia el periódico tenía directa relación con las apuestas del peronismo en el manejo estratégico de las relaciones internacionales acerca de una “Tercera Posición”; esto es, se trataba de la defensa en política internacional de una vía diferente de las lideradas en la Guerra Fría por el bloque occidental u oriental; sus fundamentos eran los de un antiliberalismo vinculado a la doctrina católica y definía a la industrialización, al comercio regional y la conformación de un complejo militar-industrial como de extrema importancia para asegurar la independencia y el desarrollo del país y de la región. Quienes criticaban a la “Tercera Posición” lo hacían acusándola de una intentona peronista en términos de un expansionismo territorial -hasta “sub-imperial” como analiza el historiador uruguayo Juan Carlos Oddone (2005)- y se distanciaban, como por ejemplo los uruguayos nucleados en torno del “tercerismo” -en el ya en ese entonces reconocido semanario *Marcha*-, de la

variante peronista (de Sierra Neves 1998, Zanatta 2015, Plotkin 1993). Pero Ortiz no aseguró que se tratase de una revolución vinculada a la Tercera Posición. Se cuidó muy bien de acercarla a la lógica que utilizaba el peronismo en relaciones internacionales, que tampoco fue un *continuum* y que, para esas fechas, estaba redefiniendo sus relaciones con los Estados Unidos (Morgenfeld 2011). Dujovne le comentó en una carta apenas iniciado el viaje que:

Sí, Chochita, ésta es una aventura más grande que la de Europa, y no solo por el extraordinario exotismo y singularidad del país, sino por el clima y la efervescencia revolucionaria, por lo que podrás palpar en vivo quizás el proceso social latinoamericano más importante, una revolución antifeudal y antiimperialista que recién está en sus comienzos (Dujovne 1953a: s/p).

“Exotismo y singularidad”, “clima y efervescencia revolucionaria” y, también “proceso latinoamericano más importante, una revolución antifeudal y antiimperialista”: *Amanecer en Bolivia* insistió en esas particularidades, en lo de “una aventura más grande que la de Europa”. El testimonio de Ortiz era al mismo tiempo la notación de lo igual y de lo profundamente diferente de esa revolución respecto del peronismo, de su líder, y de las cualidades de ambos países.

La revolución y los telegramas

“No se imagina cómo nos complace que venga con la intención de escribir sobre esto. Necesitamos que América Latina sepa lo que estamos haciendo” (Ortiz 1953: 13). Esas son las palabras que Ortiz recuperaba, dichas por un minero en uno de sus recorridos por la mina Siglo XX. “Escribir sobre esto” y “Necesitamos que América Latina sepa lo que estamos haciendo” constituyen una síntesis significativa de la función de Ortiz asignada por ese minero sin nombre - como si se fuese una voz representativa del pueblo de Bolivia-, pero también de la autopercepción de la autora acerca de cuál era la urgencia de este libro.

Apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial, y en el marco de la Guerra Fría y la amenaza atómica, el rol de las noticias, del equilibrio en los flujos informativos y la disposición de que hubiera vasos comunicantes que fueran más allá del rango nacional fueron objeto de discusiones y conferencias y, en particular, de la creación y/o modificación de instituciones dedicadas a la comunicación y la propaganda así como la creación de estudios dedicados a los Medios.¹² Un informe financiado por la UNESCO así lo rubricó ese año, y en 1954, otro trabajo firmado por el reconocido periodista inglés de la agencia Reuters, Francis Williams y que salió bajo los auspicios de la UNESCO, también lo afirmó de este modo. Según el informe, las agencias aumentaban la disparidad en los flujos informativos entre regiones como Estados Unidos, Europa y América Latina; y, entonces, el mundo estaba dominado por cuatro agencias de noticias internacionales: las estadounidenses *Associated Press* y *United Press*, la inglesa *Reuters*, y la francesa *Agence France Press* -a su vez ligadas de alguna u otra manera a las divisorias de los bloques occidental y oriental- (TASS, la

¹² La importancia y peso de las agencias transnacionales de noticias ha sido estudiado sobre todo atendiendo a la formación de las europeas Havas y Reuters a fines del siglo XIX (Caimari 2015); respecto de la relación de las agencias estadounidenses y América Latina no hay trabajos comprensivos (ni puntuales para cada agencia ni en general). Para algunas generalizaciones respecto de agencias y América Latina véase: Salinas (1984); para un trabajo sobre la historia de las agencias que apenas dedica unos apartados a América Latina, véase Boyd-Barret (1981).

agencia soviética tenía también cada vez más importancia). Uruguay, Argentina, Chile y Brasil estaban entonces dentro de los países que conocían las noticias del mundo vía las agencias UP, AFP, Reuters e *International News Service* (INS). Bolivia, en cambio, lo hacía bajo las agencias estadounidenses (UP, AP y INS). En las conclusiones, la agencia de noticias soviética TASS, además de las antes citadas, manejaban la comunicación internacional bajo una lógica de interés nacional: “NO EXISTE NINGUNA AGENCIA TELEGRÁFICA DE INFORMACIÓN QUE SEA VERDADERAMENTE INTERNACIONAL” (UNESCO 1953: 212-20, en mayúscula en el original). Y esto constituía un problema de carácter doble: desigualdad en la distribución de la información y que esta era producida por unas pocas agencias *nacionales*.

El libro -y particularmente *este libro*- claramente no podía competir con la velocidad del telegrama, ni su ubicuidad, ni con la masividad de la prensa periódica, pero sí dotaba de sentido atmósferas que eran objeto de discusión especialmente para el circuito comunista. A su vez, el libro se incorporaba en alguna medida a una serie de preocupaciones en torno de la creación de instituciones y de emprendimientos oficiales ligados a la formación de opinión como fueron la creación de la Agencia Nacional de Telecomunicaciones (TELAM) en 1945 -cuya creación se fundamentaba en quebrar el duopolio de dos agencias estadounidenses y como modo de operar contra el tráfico de información en el marco de la Segunda Guerra y la Guerra Fría (Sabanés, 2014)- y la Agencia Latina en 1952. De hecho, en las noticias publicadas en *La Prensa* acerca de los sucesos bolivianos, los cables noticiosos pertenecen a dicha agencia, cuyas iniciales son “AL”. Ese mismo año, por ejemplo, el escritor Osiris Troiani (1952) publicaba un texto cuyo título es sintomático: *Mirar con nuestros ojos*. El libro de Troiani es un llamado a la creación de una agencia de noticias de América Latina para contrarrestar las informaciones que provenían de centros informativos ligados a una dinámica de dominio interimperial.¹³ Es en esta dinámica donde la información (o su falta) se volvía un capital central en la organización de la disputa política, una revolución como la boliviana parecía necesitar de informaciones que contrarrestaran más que los cables noticiosos aquellas dinámicas locales.

Conclusión

El viaje de Ortiz a Bolivia y su inmediato traspaso a libro permiten comprender el peso que tenía la posibilidad de la extensión de los “telegramas” que llegaban a los diarios y la importancia de dar la nota exacta respecto de los sucesos acaecidos en ese país. Pero hay un desfase entre lo que la solapa enuncia, y sobre el que la narradora del viaje insiste (como la función de testigo de los hechos), y la efectiva disposición del libro entre posibles lectores y lectoras. En una primerísima aproximación a la recepción del libro en el ámbito literario porteño, ese desfase está en la distribución y en su efectiva recepción. En el suplemento literario de *La Prensa* no hay referencia al libro (ni como “libro recibido” ni como “Comentario a libros recientes”); en *La Nación* (20/12/1953, Segunda Sección) está mencionado que lo recibieron; en este último diario, además, fue publicado un pequeño comentario elogioso relativo al libro *Por las calles de Italia* (*La Nación* 8/11/1953, Segunda Sección), pero nada se dice de *Amanecer en Bolivia*. No hay tampoco en esos diarios publicidad sobre la salida del volumen. En la revista *Propósitos* o en *Cuadernos de Cultura*, en

¹³ Agradezco a Guillermo Korn compartir el hallazgo de este libro.

Argentina de Hoy, o *Verdad para Latinoamérica* no hay noticias de la publicación. Es plausible pensar que, al mismo tiempo que el libro de Ortiz se proponía completar con información fidedigna y estéticamente poderosa una atmósfera que se perdía en el cable informativo, esa misma condición era un modo de la publicidad del libro, de su plus frente a la velocidad de la prensa periódica. Publicidad que no habría tenido demasiado éxito, al menos no en Buenos Aires.

Tres años después de publicado, el crítico literario boliviano Juan Quirós García (1914-1992) incluyó una referencia en su estudio *La raíz y las hojas: crítica y estimación* (1956), con lo que entre su publicación y derrotero lo incluían en un ámbito que excedía el espacio letrado porteño y cercano al del comunismo. Entre otras cosas, el crítico boliviano aseguró que el libro “describe lealmente lo que sus ojos han visto”, y aunque “algunas veces recarga demasiado las tintas”; también podía afirmarse que “[...] al escribir estas páginas, Alicia Ortiz lo ha hecho guiada por el grande amor que profesa a Bolivia”. Pero, si hemos de creer la referencia que hace Ortiz (1956: s/p) a una anécdota del Ministro de Trabajo Aníbal Aguilar, se supone que la lectura excedió ese ámbito: “viajando por un pueblecito de la selva encontró a un obrero indio enfrascado en la lectura. Le preguntó qué leía y el indio le contestó: “¡Amanecer en Bolivia, ps! “¿Y le gustó?” “Claro, ps, se aprenden hartas cosas”.

El viaje de Alicia Ortiz será propiciado también como un modo de una diplomática *sin placet* de la revolución -similar al carácter de quienes apoyaron por ejemplo la revolución mexicana-, casi una suerte de corresponsal de la revolución y para la revolución: la insistencia en la labor del gobierno del MNR, el círculo virtuoso que define los errores del MNR en el marco más amplio de una temporalidad revolucionaria, que necesitaría afincarse y por ello sería capaz de corregir el rumbo si así fuese necesario. También se trataba de la restitución del cuerpo y la carne a un enemigo que parecía tener la capacidad fantasmática para estar en todos lados; ubicuo porque era capaz de transformar las palabras en su contrario (democracia en totalitarismo y viceversa) y disfrazaba intereses particulares como si se tratara de intereses generales. Según Ortiz, “La Rosca es un enemigo agazapado, la hosca murmuración, la propaganda insidiosa, el repudio virulento” y en ese sentido el enemigo era así “el falso demócrata que clama contra un totalitarismo supuesto y preconiza una libertad equívoca” pero también “el terrateniente que execra la desobediencia del *pongo*”, y “el capitalista desposeído de la mina, el latifundista que teme por su tierra improductiva” y “el militar desplazado, que ve sus armas en las manos del pueblo y deslucido prestigio de su uniforme de relumbrón”. Todos eran a la vez “hábiles creadores de confusión y en ese sentido tienen bastante experiencia” (Ortiz 1953: 57). La referencia no era azarosa: es sabido, como ya mencioné, los vínculos de la Rosca con diarios como *La Razón*, y sobre todo, se le hacía responsable de la operación que había llevado al levantamiento popular contra quien fuera presidente de Bolivia, Gualberto Villarroel, ajusticiado en la Plaza Murillo en 1946. El libro se propuso así clarificar los nombres de ese enemigo ubicuo.

Si toda revolución funda un tiempo y un espacio (Saítta 2005: 11-30.), también el viaje de Ortiz y su relato fueron el intento de investigar y explicar de qué se trataban ese espacio y tiempo nuevos, que la revolución habría abierto, y que se perfilaban -como reza en la “Síntesis” del último capítulo- en comprender el pasado de Bolivia para que el presente fuera en efecto analizado con la justeza correspondiente. Como estabilización de los sentidos acerca de esa revolución, finalmente, el libro era la apuesta de una editorial y de una autora sobre un hecho: un libro escrito con la urgencia del instante.

XIMENA ESPECHE es Licenciada en Letras (UBA), dramaturga (EAD) y Doctora en Ciencias Sociales (UNGS/IDES). Es Investigadora Adjunta del CONICET, profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y miembro del Centro de Historia Intelectual (UNQ). Participó entre 2015 y 2018 del colectivo Ni Una Menos. Entre sus últimas publicaciones se encuentra el libro de poemas *El filo del hacha* (Club Hem, 2018) y el libro resultado de su tesis doctoral *La Paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX* (UNQ, 2016).

Bibliografía

- S/F. 1952. "Continúa Corriendo la Sangre en Bolivia". *Acción*. Año IV, N° 1237. Montevideo. 10/04/1952, tapa.
- _____. 1952. "Otra vez la calumnia internacional". *El Debate*. Año II, N° 7457. Montevideo. 20/04/1952, 3.
- _____. 1952. "Pobre América!". *El País*. Año XXXIV, N° 10. 687. Montevideo. 10/04/1952, 2.
- _____. 1952. "Los Sucesos de Bolivia". *El País*. Año XXXIV, N° 10689. Montevideo. 13/04/1952, 3.
- _____. 1952. "La Revolución Boliviana". *El País*. Año XXXIV, N° 10.696. Montevideo. 20/04/1952, 2.
- _____. 1952. "Las reformas radicales en lo económico". *La Mañana*. N° 12511. Montevideo. 20/04/1952, tapa.
- _____. 1952. "Defensa de la Democracia". *La Razón*. Buenos Aires. 16/03/1952, 4.
- _____. 1952. "El gobierno popular de Bolivia". *La Prensa*. Buenos Aires. 17/06/1952a, 4.
- _____. 1952a. "En Bolivia se produjo ayer un golpe sedicioso". *La Nación*. Año LXXXIII, N° 29.000. Buenos Aires. 9/04/1952, tapa.
- _____. 1952b. "Tomó el poder en Bolivia el Dr. Siles Suazo". *La Nación*. Año LXXXIII, N° 29.002. Buenos Aires. 13/04/1952, tapa.
- _____. 1952. "El Pueblo Decidió en Heroica Lucha La Suerte del Levantamiento de Bolivia". *Nuestra Palabra*. Año III, N° 103. Buenos Aires. 22/04/1952, 2.
- _____. ("de nuestro corresponsal"). 1953. "Los Obreros y Campesinos Bolivianos en Lucha contra el Imperialismo, la "Rosca" y el "Gamonalismo". *Panorama del Mundo*. Año II, N° 1. Buenos Aires: Anteo. Enero de 1953, 6-7.
- _____. 1952. "Nacionalización pide el obrero boliviano". *Propósitos*. Año I, N° 9. 16/05/1952, p. 2.
- ANAYA, Ricardo. 1952. "La nacionalización de las minas de estaño en Bolivia". *Propósitos*. Año 1, N° 8, 1.
- BOYD-BARRET, Oliver. 1981. *The International News Agencies*. Londres: Sage.

- CAIMARI, Lila. 2015. *Redes*. “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”. Vol. 21, N° 40. Bernal: junio. pp. 125-46
- COLOMBI, Beatriz. 2006. “El viaje y su relato”. *Latinoamérica*, N° 43, 11-35.
- CRUZ, Gustavo. 2013. *Los senderos de Fausto Reinaga. Filosofía de un pensamiento indio*. La Paz: Plural.
- DE SIERRA NEVES, Carmen. 1998. “Intelectuales y universitarios uruguayos frente a la ‘Guerra Fría’ y a la ‘Tercera Posición’”. *Ciclos*. Año 8, Vol. 8, N° 16, pp. 125-41.
- DUJOVNE, Alicia. 2010. “Prólogo: Las dos escaleras”. En *Infancia entre dos esquinas*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- DUJOVNE, Carlos. 1953a. “Carta a Alicia Ortiz”. 8 de enero. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.
- _____. 1953b. “Carta a Fausto Reinaga”. 13 de julio. Correspondencia de Carlos Dujovne, inédita.
- DUNKERLEY, James. 2003. *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia. 1952-1982*. La Paz: Plural.
- ESPOLÓN [seudónimo de Emilio Frugoni]. 1952. “Dos Sorpresas de la Actualidad Internacional”. *El Sol*, 15 de abril, Año 12, N° 506, tapa. Montevideo.
- GURBANOV, Andrés y Sebastián RODRÍGUEZ. 2016. “Los comunistas frente al peronismo: 1943-1955”. *Temas de Historia Argentina y Americana*, 24. Disponible en: <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/comunistas-frente-peronismo-1943-1955.pdf>> [Consulta: 28/08/2018].
- HERNÁNDEZ, Juan Luis. 2019. *La Revolución Boliviana y la prensa de Buenos Aires (1952-1964)*. Buenos Aires: Newen Mapu.
- HERRERA, Carlos. 2014. “Apoyando al peronismo desde la izquierda: *Argentina de hoy*”. En Panella, Claudio y Guillermo Korn, *Ideas y debates para la nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires: EPC-Facultad de Periodismo, UNLP, tomo II, 119-50.
- HERRERA, Francisco. 1952. “El Significado de los Nuevos Acontecimientos de Bolivia”. *Nueva era*, Año 3, N° 2, 12-20.
- IBER, Patrick. 2015. *Neither peace nor freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Harvard: Harvard.
- JÁUREGUI, Aníbal. 2012. “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953”. *A Contracorriente*, Vol. 9, N° 3, 22-40.
- KORN Guillermo. (2017). *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la Internacional a la Marcha*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- MORGENFELD, Leandro. 2011. *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en conferencias panamericanas*. Buenos Aires: Continente.
- ODONNE, Juan. 2004. *Vecinos en discordia*. Montevideo: El galeón.
- ORTIZ, Alicia. 1953. *Amanecer en Bolivia*. Buenos Aires: Hemisferio.
- _____. 1956. Carta a su madre, s/f. Correspondencia inédita. 1953-1956.
- PETRA, Adriana. 2017. “El libro comunista, entre la política y el mercado. El caso de la editorial Problemas (1939-1948)”. *LIVRO. Revista do Núcleo de Estudos do Livro e da Edição (NELE)*, 6.
- _____. 2018. *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PIRIZ, Hernán. 1952. “¿Qué hay tras la cuestión boliviana?”. *La semana internacional, Justicia*, N° 5286, 25 de abril, 3. Montevideo.

- PLANTE, Alicia. 2011. "La vida es un tango". *Página 12*, 13 de febrero. Disponible en: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4168-2011-02-13.html>> [Consulta: 15/08/2018].
- PLOTKIN, Mariano. 1993. "La 'ideología' de Perón: continuidades y rupturas". En Plotkin, Mariano y Samuel Amaral (comps.), *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires Cántaro.
- PRADO ACOSTA, Laura. 2013. "Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdhanovismo y el peronismo en el Partido Comunista argentino". *Nuevo Mundo* *Mundos* *Nuevos*. Disponible en: <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/64825>> [Consulta: 15/08/2018].
- PRATT, Mary Louise. 1998. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Quilmes.
- QUIRÓS GARCÍA, José. 1956. *La raíz y las hojas: crítica y estimación*. Buriball: Bolivia.
- RAMÍREZ NOVOA, Ezequiel. 1952. "La Revolución Popular de Bolivia". *Acción*, Año 4, N° 1241, 15 de abril, 3. Montevideo.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia. 2010. "Oprimidos, pero no vencidos". La Paz: Huibol.
- ROJAS, Rafael. 2016. *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SABANÉS, Lisandro. 2014. "El surgimiento y el desarrollo de la Agencia de noticias TELAM en el marco de las políticas internacionales de comunicación". *Questión. Revista especializada en Periodismo y Comunicación*, Vol. 1, N° 42, 392-404.
- SAÍTTA, Sylvia. 2007. "Hacia la revolución". En *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 11-30
- _____. 2006. "La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo veinte". *Nuestra América*, N° 2, 89-102.
- SALINAS, Raquel. 1984. *Agencias trasnacionales de información y Tercer Mundo*. Quito: The Quito Times.
- STEFANONI, Pablo. 2010. "Qué hacer con los indios..." *Y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz: Plural.
- ULIANOVA, Olga. 2008. "Develando un mito: emisarios de la Internacional comunista en Chile". *Historia*, Vol. 1, N° 41, enero-junio, 99-164.
- UNESCO. 1953. *Les agences télégraphiques d'information*. Paris, Unesco. Disponible en: <<http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001356/135686fo.pdf>> [Consulta: 15/08/2018].
- VARELA, Mirta. 2006-2007. "Le péronisme et les médias: contrôle politique, industrie nationale et goût populaire". *Le Temps des Médias. Révue d'histoire*, N° 7. Paris: Nouveau Monde, pp. 48-63.
- WILLIAMS, Francis. 1954. *Las telecomunicaciones y la prensa*. Paris: Unesco.
- ZANATTA, Loris. 2015. *La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ZULAWSKI, Ann. 2010. "The National Revolution and Bolivia in the 1950s: What Did Che See?". En Drinot, Paulo (ed.), *Che's travels: The making a revolutionary in 1950's Latin America*. Duke: Duke University Press.